

## EL JARDÍN PERDIDO



Jorn de Précý

# El jardín perdido

Edición de  
Marco Martella

Traducción de  
María Eugenia Ferrari

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Título original: *The Lost Garden*

© de la edición y la introducción, Actes Sud, 2011

© de la traducción, María Eugenia Ferrari, 2017

Imagen de la cubierta:  
Jardín de L'Île Verte, París  
Fotografía de Isabella Cattan

© Editorial Elba, S.L., 2018

Avenida Diagonal, 579

08014 Barcelona

Tel.: 93 415 89 54

editorial@elbaeditorial.com

## ÍNDICE



El enigma Jorn de Précy  
Introducción de Marco Martella · 9

EL JARDÍN PROHIBIDO · 17

Prefacio · 21

*Genius loci* · 29

El mundo sin las ninfas · 39

Un extraño encuentro en el parque de Sceaux · 47

El jardín, lugar de desobediencia · 51

El jardinero animista · 59

El jardinero de la Tierra · 66

Crear con el genio del lugar · 73

El jardín selvático · 80

¡Greystone! · 91

Epílogo · 99



## El enigma Jorn de Précý

Poco se sabe acerca de Jorn de Précý. En lugar de aclararlo, los escasos elementos biográficos que tenemos parecen espesar el misterio que lo rodea.

A pesar de vivir discretamente aislado de sus contemporáneos, casi como un ermitaño, De Précý ha ejercido una profunda influencia en el arte de los jardines, sobre todo ingleses. Su tratado *The Lost Garden*, publicado en 1912, sigue circulando hoy en día por las escuelas de horticultura británicas, aunque no figura entre los textos de los programas oficiales. Después de la muerte del autor, se descubrió un ejemplar del libro con abundantes notas manuscritas en la biblioteca del famoso paisajista inglés Russell Page. El gran diseñador de jardines brasileño Roberto Burle Marx afirma haber percibido por primera vez los vínculos entre jardinería y espiritualidad al leer *The Lost Garden*. Pero entonces, ¿por qué De Précý no ha entrado nunca en la historia oficial de la jardinería moderna? ¿Por qué sólo conoce su nombre un puñado de apasionados en el mundo, que casi veneran su memoria?

Nacido en Reikiavik en 1837, hijo de un rico comerciante de lejana ascendencia bretona, Jorn de Précý abandona Islandia en 1854. Una fortuna considerable, probablemente una herencia, le permite vivir de rentas. Visita Roma y la Toscana, pasa todo un año en Venecia y dos en París. Allí comienza una carrera de es-

critor de la que no queda, desgraciadamente, ningún rastro. En su *Diario*, los hermanos Goncourt recogen un retrato teñido de ironía en el que evocan a «un joven islandés de mirada ausente, perdido en algún ensueño extraño, pero capaz de emocionarse hasta las lágrimas si se topa cara a cara con una rosa apenas abierta o un roble centenario en el Jardin des Plantes». En 1861, se instala en Inglaterra. Vive unos años en Londres, después en el condado de Oxfordshire, donde en 1865 compra el jardín de Greystone. Sólo se alejará de allí alguna que otra vez para visitar parques y jardines a través del Reino Unido.

Pero ¿quién era Jorn de Précy?

Un hombre distante, a la vez tímido y arrogante. A veces frío, hasta con sus amigos, de pronto podía mostrarse generoso y sentimental. La mirada de un azul helado incomodaba a sus interlocutores, pero también sabía expresar una empatía profunda. No se le conocen aventuras sentimentales y, salvo su fiel amiga Gertrude Jekyll, la célebre jardinera, no tuvo relaciones, ni siquiera amistosas, con mujeres. Vivía en su gran mansión, rodeado de su jardín, al que llamaba, a veces, citando a Chateaubriand, «mon cher désert». Un poco alejado de la casa, en un *cottage*, vivía su jardinero, Samuel Bloch, quien entró a su servicio hacia 1892 con veintisiete años de edad, el único jardinero que ha trabajado en Greystone. En la única fotografía que he encontrado del lugar, De Précy está con él, un hombre joven de aspecto agradable, sonriente y de mirada franca. Los dos, el gentilhomme y el jardinero, tienen una pala en la mano. Acaban de cavar un hoyo en el que han de plantar un joven cedro.

De Précy era un jardinero filósofo, aunque su relación con la filosofía resulte más bien problemática. Se reía de buena gana de los pensadores «profesionales» de su época, desconfiaba de las teorías y los sistemas filosóficos y se limitaba, las más de las veces, a enunciar sus ideas sin buscar cómo profundizarlas o defenderlas. Más que pensar como filósofo, De Précy vivía como filósofo. Como los grandes pensadores de la Antigüedad, intentaba antes que nada encarnar una visión del mundo, una filosofía del hombre, un ideal de vida. Así pues, Greystone es, salvando las distancias, el heredero de los grandes jardines filosóficos del pasado, como los de Epicuro o de Erasmo de Rotterdam.

Algunas de las ideas que hallamos en *The Lost Garden* ahora forman parte de nuestra visión del mundo. Pero, en pleno positivismo, eran muy avanzadas para su tiempo: la soledad del hombre-masa, la proliferación de los espacios que el antropólogo Marc Augé denomina «los no lugares de la modernidad», el nomadismo del individuo moderno.

En cuanto a la jardinería, De Précy anticipa el cultivo biológico, hoy tan en boga. Su visión del jardín selvático fue elaborada mucho antes de que la ecología moderna llamara la atención del público acerca de las amenazas de los ecosistemas más frágiles y la biodiversidad. Reencontramos la utopía del hombre como «jardinero de la tierra», a la que De Précy dedica un capítulo de su tratado, en «el jardín planetario» del paisajista Gilles Clément, a finales del siglo xx. Es probable que este último no conozca a De Précy, pero su idea de «jardín en movimiento», en el que las plantas se siembran libremente y el jardinero se limita a regu-

lar el flujo de la vida silvestre, ya se encuentra bosquejada en algunas páginas de *The Lost Garden*.

La precocidad de su sensibilidad ecológica resulta sorprendente. Aunque, en realidad, desde finales del siglo XIX comienza a despuntar en el mundo moderno una conciencia ambiental. Una nueva rama de la biología, la «ecología», estudia el ecosistema como un juego de interacciones en el que participan el hombre y las otras especies vivientes. Además, hacia la misma época, algunos pensadores marxistas ingleses vinculan los desequilibrios sociales y económicos de la revolución industrial a la degradación del medio ambiente a nivel paisajístico y natural. En Estados Unidos, los naturalistas manifiestan su preocupación por el peligro que representan la urbanización y la agricultura intensiva para la flora y fauna indígenas.

Sin duda, el enfoque de De Précy es aún rudimentario con respecto a la ecología contemporánea y resulta más bien de una visión poética y espiritual del hombre. Es por ello que, más que la actual teoría del desarrollo sostenible, parece anticipar la ecología «profunda», holística, y el movimiento hippie. Como los pensadores de la contracultura de los años sesenta, De Précy estuvo influido por las filosofías orientales de la liberación, en particular el taoísmo y el budismo, cuyas ideas penetraron en Europa en el siglo XIX. Como ellos, preconiza la vuelta a una naturaleza primitiva que no ha sido aún corrompida por la civilización, así como una ruptura radical con el consumismo y el conformismo intelectual de la sociedad de masas. Así, no nos sorprenderá encontrar, entre las muchas canciones que Bob Dylan compuso en los años sesenta y que

nunca grabó, la balada «Jorn's Wildflowers» [Las flores salvajes de Jorn], que cantó en Washington con motivo de una manifestación contra la guerra de Vietnam en 1964.<sup>1</sup>

Greystone fue su obra maestra, quizás su único verdadero amor. Según el decir de sus contemporáneos, el lugar era inquietante y maravilloso. Claude Monet, que lo visitó en 1906, escribe: «El jardín del señor De Précy ofrece cuadros de un encanto intenso e indefinible que llega directo al corazón. Lo salvaje se mezcla constantemente con lo artificial, el sueño con la realidad». A pesar de su aspecto casi salvaje, el parque permanecía siempre abierto. Para descubrirlo bastaba con hacer sonar la campana de la verja. El propietario acudía personalmente a recibir al visitante vestido con una de esas chaquetas un poco arrugadas y un sombrero de paja, seguido por su jardinero. Con un ademán cortés, invitaba a entrar al visitante asombrado, y se lo mostraba todo: los rincones más recónditos del parque, los lugares más salvajes del bosque donde era necesario abrirse paso a través de las lianas de clematitas, flores y zarzamoras. Evocaba para él, con su pronunciado acento islandés, el día en que había plantado tal o cual árbol. Apartando las altas hierbas con la punta de su bastón, le indicaba orgullo-

1. El incipit de la balada es explícito: «They say Jorn's wildflowers have died | but I saw Greystone in a dream last night | and all these roses started to bloom | when I stepped into the garden» (Se dice que las flores silvestres de Jorn han muerto, | pero anoche yo vi Greystone en sueños | y todas las rosas empezaron a florecer | cuando entré en el jardín).

samente las orquídeas que crecían escondidas en los prados.

El título del ensayo, *The Lost Garden*, alude tanto a la marginación del jardín en el mundo moderno como al futuro incierto de Greystone. Sin herederos, De Précý había decidido legar la propiedad a su jardinero. Samuel lo cuidaría amorosamente, sin duda, pero éste tampoco tenía hijos. ¿Qué sería del jardín después de su muerte?

Desgraciadamente, los temores de Jorn de Précý resultaron fundados. En los años treinta al morir Samuel, Greystone cayó en el abandono y pronto se convirtió en una selva. En 1956, la propiedad fue comprada y transformada en hotel de lujo. Nada queda hoy del antiguo jardín, salvo algunos viejos cedros y el trazado de los senderos principales, desde entonces asfaltados y bordeados de begonias, las flores que De Précý más odiaba.

*The Lost Garden* es un tratado singular. Es, en cierto modo, una «biografía botánica». Las pasiones y las amistades de Jorn de Précý, los jardines que conoció y a los que más amó conforman una delicada filigrana. Los temas que trata desentonan con la literatura sobre los jardines de la época. De ahí, quizás, el impacto limitado del libro. Impreso en una única edición de dos mil ejemplares por cuenta del autor, al publicarse no apareció ni una sola reseña en la prensa especializada. Pero aquellos dos mil ejemplares siguen circulando. Es posible toparse con uno de ellos, manchado de tierra, en un mercadillo de segunda mano (fue lo que me sucedió hace tres años y supuso el principio de

mis investigaciones sobre el jardinero islandés), en una pequeña biblioteca de provincias o en el salón de uno de los fieles adeptos de Jorn de Précy diseminados por el mundo.

Este tratado y un puñado de artículos son los únicos rastros que nos quedan de él y de su existencia solitaria dedicada al jardín. Nada queda, que yo sepa, de su correspondencia, salvo una pequeña nota arrugada. Fue descubierta, por casualidad, durante las obras de construcción del hotel en la biblioteca de Greystone, al deslizarse de las páginas de un ejemplar del tratado, ahí donde De Précy debió de olvidarla después de haberla redactado.<sup>2</sup> No hay duda de que iba dirigida a su jardinero:

La primera helada invernal llama a la puerta. Esta tarde no se olvide de entrar el limonero con su maceta en la veranda. Sí, como cada invierno, después de tantos años... Todo esto, usted no lo ignora, lo sé, y estas palabras que le dejo no sirven para gran cosa. El jardinero es usted. Yo, incluso aquí, aun a mi edad, tengo la impresión de no ser más que un impostor, un falso jardinero. Siga entonces teniendo paciencia conmigo, Samuel. El cielo anuncia lluvia, la casa está helada y ya es hora de encender el fuego en la chimenea. Lo espero esta tarde para el té. Como siempre, me encontrará acodado a la ventana del salón, mirando hacia fuera, nunca cansado de esperar.

2. Pertenece al actual propietario del hotel, quien la conserva celosamente en la caja fuerte de su despacho.

Jorn de Précý falleció el 12 de noviembre de 1916. Está enterrado en el cementerio de Chipping Norton, en el mismo condado de Oxfordshire, a unos pasos de los murallones que cercan su jardín perdido.

MARCO MARTELLA  
Saint-Loup-de-Naud, junio de 2011



## El jardín perdido



Greystone en sus años de abandono, c. 1950

*A Samuel Bloch*



Al verse, se ríen: ¡Ja! ¡Ja!  
¡Cuántas hojas van cayendo en el parque!

POETA CHINO ANÓNIMO



## Prefacio



«¡Un enésimo libro escrito por uno de nuestros aristócratas, jardinero diletante y propietario de un parque inmenso, empeñado en imponernos sus ideas estafalarias sobre los jardines!»

Me parece ya estar oyéndolos, los comentarios del lector que hojee este opúsculo en alguna librería. Comentarios al mismo tiempo verdaderos y falsos. Falsos, porque no pertenezco a la aristocracia inglesa ni, como mi nombre a menudo induce a creer, a la francesa. Nací hace más de setenta y dos años en Reikiavik, en Islandia, isla que dejé a los dieciocho para venirme a Inglaterra, patria de los jardines. Verdaderos, porque soy, en efecto, un «jardinero diletante», título que reivindicó con orgullo. En cuanto a mi parque, que solamente consta de cuatro hectáreas, se encuentra en Oxfordshire; es el jardín de Greystone, del cual habrán oído hablar si les interesa un poco el arte de la jardinería actual. Por último, en cuanto a mis ideas sobre la jardinería, lo confieso: a veces, a mí también me parecen algo descabelladas.

De niño descubrí los jardines gracias a las novelas inglesas y francesas que mi madre hacía traer del continente y que usaba, después de haberlas leído, para enseñarme las lenguas extranjeras, al atardecer junto a la chimenea. ¿Me hacían soñar aquellas descripciones de lugares encantados, cargados de perfumes y flores

de colores maravillosos? No exactamente. ¿Qué significaban para mí? Salvo algunas modestas huertas rurales, no había jardines en mi isla constantemente barrida por los vientos. Las flores eran escasas, los árboles achaparrados, los paisajes vacíos.

Un día (¿qué edad tendría yo? ¿Catorce, quince años?) mientras iba caminando sin rumbo por las colinas desnudas, perdido en no sé qué pensamientos atormentados, como suele ocurrir en la adolescencia, me encontré en un bosquecito de abedules. Estaban plantados en círculo, un círculo perfecto, como diseñado con un compás. La corteza plateada, rayada de negro, atrajo, primero, mi mirada y, luego, la mano. En el interior del círculo, iluminadas por un rayo de sol en medio de la hierba y del musgo, aparecieron las corolas violeta de ciclámenes minúsculos. Me invitaban a entrar en este recinto. Y en cuanto me encontré allí, me sentí invadido por una increíble alegría; sí, «invadido» es la palabra exacta, pues este sentimiento *penetró* en mí. ¿Me hallaba en la morada de un elfo o de una de aquellas criaturas innominadas que habitan nuestra isla? Me senté sobre aquella alfombra mullida apoyándome contra un tronco y cerré los ojos. Cuando los volví a abrir, sin poder explicármelo, me pareció que el universo entero se me ofrecía a la vista. Podía ver más allá del valle que se extendía delante de mí, más allá de la cresta rojiza de los volcanes, hasta el mar donde un barco pesquero navegaba apaciblemente, incluso más allá, por extraño que pueda parecer, hacia las costas de Europa. La tierra tan vasta allí fuera y aquel círculo feliz, como un vientre materno, un lugar protegido...: «Así que esto es un jardín...», me dije, con un nudo en la garganta.

Al ir cayendo la noche, contemplo por la ventana de mi despacho cómo Greystone se va ensombreciendo. Las copas de los robles, de los sicómoros y de los carpes que yo he plantado empiezan a teñirse con los primeros colores del otoño. Contemplo las siluetas difuminadas por la niebla y vuelvo a ver aquellos árboles de tronco blanco, la alfombra de ciclámenes que me acogieron aquel día.

¿Siguen estando allí, en aquel valle desierto en las márgenes del mundo? Un hilo invisible une ambos lugares, el primer jardín que me encantó y que ningún hombre había plantado y el que yo mismo he creado. Pero yo sé muy bien que mi jardín de Greystone, del que estoy tan orgulloso y el que vienen a visitar desde lejos paisajistas y jardineros, no es más que una copia del primero, su eco a través del tiempo y el espacio. La felicidad que me procura es siempre la misma. Todavía hoy, cuando me paseo por allí, tengo la sensación, como aquella primera vez, de que el mundo puede encontrar en el jardín, como por arte de magia, un orden feliz. Si fuera filósofo hasta diría: un sentido. Pero ¿qué sentido? ¿En qué consiste esta alegría desbordante, esta sobreabundancia de vida? Aún hoy, no sabría decirlo.

No soy filósofo pero, por lo menos, esto sé: en nuestro tiempo, demasiado imbuido de sí mismo y de sus conquistas, en nuestra sociedad, donde cada actividad parece destinada a crear riqueza, a satisfacer deseos casi siempre superfluos, hemos olvidado una necesidad tan esencial como comer o dormir: habitar un mundo provisto de sentido. Hablo, por supuesto, de nuestra necesidad de *espiritualidad*.

Ah, soy consciente de que este vocablo anticuado despierta sospechas entre los partidarios fervorosos de la modernidad. Evoca imágenes tenebrosas de catedrales góticas, de tribunales de la Inquisición, de viejos beatos de rostro enfurruñado. Se lo asocia inevitablemente al ideal romántico más retrógrado, el de una vuelta a un pasado de supersticiones, abusos y violencia. Mientras que para mí evoca más bien el asombro frente a la magia del mundo y visiones de jardines colmados de una belleza bienhechora, a la cual tiene acceso en nuestra sociedad democrática un número cada vez más reducido de personas.

En la distancia cada día más grande que hemos interpuesto entre nosotros y la naturaleza vemos los efectos nefastos de dicha pérdida de espiritualidad. Nos hemos alejado, quizás irremediablemente, del mundo natural, sano y vigoroso, donde el misterio de la vida brota en luminosa plenitud y que, durante milenios, ha sido la morada de los hombres. Y así, pronto, el escenario de nuestras vidas será exclusivamente el decorado artificial de la urbe moderna.

En ese laberinto mugriento y ruidoso que se llama Londres –en Charing Cross, mientras apuramos el paso hacia el tren que nos llevará de vuelta a los suburbios, o en la acera de Oxford Street, en medio de la muchedumbre y los edificios ennegrecidos por la contaminación–, estamos cada vez más solos. Y no es muy diferente en nuestros pueblos y campos, a veces desfigurados por una agricultura mecanizada y desprovista de alma, por la fealdad de las fábricas y los carteles publicitarios desde hace poco de moda. Estamos actualmente cercados por un espacio inerte que

ya no expresa nada, que no tiene nada que contar a nuestros corazones sordos pero todavía sedientos de historias y de misterio. ¿Podría ser que la mismísima tierra –las bestias, las piedras, las flores– sientan nuestra carencia y perciban la desaparición de la mirada amante del ser humano? Así, el hombre moderno, que ya conoce en el interior de sí mismo la separación del cuerpo y del intelecto, de la razón y del sentimiento, se distancia cada día un poco más del mundo que lo rodea. Sin acceso a su propia humanidad, se limita a funcionar como la máquina que se ha convertido en su modelo, en un universo que se le ha vuelto casi completamente extranjero. Pues bien, los jardines resisten a los estragos de la modernidad.

De esto tratará el libro que tiene en las manos: la manera como sólo estos lugares singulares escapan al desastre de la historia invitándonos a refugios encantados lejos de las perversiones de nuestra civilización. Grande es, por lo tanto, su ambición, y supera, quizás, mis escasos recursos: mostrar que en nuestro mundo existen todavía lugares recónditos donde podemos encontrar a través del diálogo y la familiaridad con la naturaleza, en nuestro propio corazón, lo que nos vuelve humanos y dignos de todo lo bello que ofrece la vida.

Pero antes de proseguir, pido disculpas al lector si mis observaciones parecen, por momentos, un poco parciales. Bastante se me ha reprochado el tono radical de mis posturas y una falta de objetividad en mis opiniones sobre jardines. Lo admito: demasiado he vivido como para perder el tiempo con la objetividad y la distancia crítica. Por otra parte, confieso no haber com-

prendido nunca para qué sirve exactamente esa famosa distancia. ¿Es necesario el rigor científico para tratar un tema como el del jardín, que toca las fibras más sensibles, íntimas y a veces contradictorias de nuestro ser? En estas páginas, sólo ofreceré los frutos de mi reflexión que he ido madurando a lo largo de los años en que he trabajado con amor en el jardín. Se trata de lo más personal que existe en mí. Y lo haré, a pesar del tono categórico que a veces me caracteriza, con toda la humildad de la que soy capaz.

Este libro no es, pues, un enésimo tratado de diseño paisajístico, sino más bien una meditación sobre el arte de los jardines que es mucho más que un arte, aun siendo más humilde que el arte oficial (tan humilde que no deja de ser a menudo un simple pasatiempo). Es una colección de libres pensamientos sobre todo lo que en la experiencia de la jardinería nos afecta como seres humanos. No tengo reglas que comunicar al lector, pues no hay normas en el arte de los jardines, salvo las que impone el respeto del lugar en el que trabajamos. Cuando se crea o mantiene un jardín, es necesario mostrarse siempre modesto. El lugar tiene orígenes lejanos, más lejanos que los nuestros. Posee una historia en la cual hemos de entrar de puntillas.

Tampoco se hablará de técnica. Aunque yo sea un apasionado de la horticultura, la técnica en sí me aburre. La jardinería es un ejercicio espiritual, una manera de mirar el mundo, de interrogar de cerca a la naturaleza. No es técnica sino poesía. Aquí, me imagino al lector negando otra vez con la cabeza. Ya sea jardinero experimentado o aficionado a la jardinería, quizás abonado al *Gardening Illustrated*, estará diciéndose:

«¡Qué disparate! ¡Como si la jardinería fuera asunto de poetas! Como si el arte de la jardinería no consistiera en saber reconocer las plantas y sus necesidades, los diferentes tipos de suelo, las técnicas que permiten reproducir por gajos o por injertos, podar, trasplantar, combatir pulgones y cochinillas!». Todo esto es –¿a qué negarlo?– fundamental para la vida del jardín. Pero dicho lector se equivoca al razonar como un hombre de su tiempo, para quien sólo se trata de dominar conocimientos. Pues bien, no: ¡la tarea del jardinero no conoce separación alguna entre el trabajo manual, el del espíritu y el del corazón! Mientras va removiendo hábilmente la tierra con los dedos para agrandar el hoyo donde vivirá para siempre una planta, su espíritu explora el misterio de esta profundidad acogedora, húmeda, hormigueante de vida. Mientras va arrancando las malas hierbas y los pensamientos, recuerdos y ensueños atraviesan su espíritu, interroga la vida y se deja interrogar por ella. La jardinería, querido lector, no es sino un diálogo ininterrumpido con la tierra. Si, como dicen las revistas de jardinería más sensibleras, en el mundo queda aún un poeta, ése es el jardinero. Un poeta feliz, un idealista, que durante algunas horas al día vive inmerso en su ideal, transformándolo constantemente en una realidad gracias a la bondad de la naturaleza.

Y mientras trabaja se olvida de todo, incluida su existencia.

También en este atardecer otoñal crece en el prado la hierba a su alrededor mientras las hojas disfrutan de los últimos rayos del sol. En una rama, un fruto está madurando, cereza o manzana, redondeándose bajo

la bóveda celeste. La tierra huele a frescor, a hojas muertas húmedas, a la noche muy cercana. Y el jardinero se detiene. Apoyándose en la pala, contempla a sus anchas el jardín en la oscuridad creciente. Masculla unas palabras que ni él mismo comprende. Alguna fórmula pagana, sin duda, surgida no se sabe cómo de tiempos inmemoriales. Quizás haya una sombra en su sonrisa, la huella de algún tormento, un dejo de tristeza. ¿Ha sentido la primera fragancia del invierno, el primer escalofrío del jardín? Al jardinero le gusta el invierno. Aprecia los largos meses en que lo único que hay que hacer es ser paciente y mirar, contemplar detenidamente el entramado de ramas desnudas, el sol bajo en el horizonte reflejándose en el estanque. Pero el invierno es melancólico y puede que el jardinero se esté preguntando: «¿Mi hermoso jardín, estarás aquí nuevamente la primavera próxima? ¿Realmente volverás?».

Greystone Garden, Chipping Norton  
1 de octubre de 1911

